

Alfred E. Bouter

Babilonia

Babilonia, y el llamado de Dios a Abraham

"Pueblo mío, salgan de ella. No participen en sus pecados".

Apocalipsis 18:4

¿Qué pasó en Génesis?

Este llamado de la Escritura es muy claro e inconfundible, ¿pero quién es esta Babilonia [1] a la cual se refiere el Apocalipsis? En primer lugar, tracemos las líneas de la historia, en relación a las naciones, Israel y la Iglesia (1 Corintios 10:32), antes de considerar algunas aplicaciones y conclusiones a la luz del Nuevo Testamento.

El origen de Babilonia se remonta a los días inmediatamente después del Gran Diluvio (Génesis 10-11). Fue fundada por Nimrod, un rebelde, quien se opuso a Dios como un gran cazador. Babel ("puerta a dios") fue diseñada como una torre para comunicarse con el mundo invisible, y se convirtió en la fuente de la idolatría y el panteísmo, haciendo que Dios interviniera con una sentencia, al confundir su lengua hacia muchos idiomas, con lo cual la humanidad se dispersó. Babel, con un solo idioma, fue imponiendo su unidad haciendo que las cosas se hicieran de acuerdo con las ideas del hombre, como lo demuestran los ladrillos de adobe. A modo de contraste, la Iglesia de Dios está hecha de piedras vivas, construida sobre la Roca, el Hijo del Dios viviente, de acuerdo con las ideas de Dios en cuanto a construcción y unidad (Mateo 16:16-18; 1 Pedro 2:4f; Efesios 2:18-22).

Babel quería su propio orden y religión, una forma de gobierno en las llanuras de Sinar, mientras que Dios le había dicho a la gente que se dispersara por todo el mundo. Un gobierno mundial (*One-world government*) y el avance por si mismos

("vamos"), y muchos más principios que todavía vemos hoy en día, ya estaban operando en aquellos días cuando Dios llamó a Abram a salirse.

¿Qué pasó con Israel?

Cosas similares ocurrieron en la historia de los descendientes de Abraham, cuando se entregaron a la idolatría, rechazando los sagrados comandos de Dios, incluso introdujeron en el templo de Jerusalén las formas de idolatría que se acostumbraban antes en Babilonia (cf. Ezequiel 8). Después de mucha paciencia y advertencias, Dios los castigó, al entregarlos a las manos de Nabucodonosor, el rey de Babilonia, y los llevó de regreso – en por lo menos tres fases – a la misma área de la cual su padre Abram se había salido (cf. Amos 5:27; Zacarías 5:5-11). Después de su cautiverio, sólo un pequeño remanente de personas regresó a Jerusalén y Judea, también en tres ocasiones, poniendo atención al llamado de la gracia de Dios, cuando los emperadores Persas emitieron decretos para reconstruir el templo y la ciudad (2 Crónicas 36:22f; Esdras 1; 7; Nehemías 1).

¿Qué sucedió después?

Los descendientes de este remanente que regresó finalmente rechazaron [2] a su propio Mesías! ¡Qué grave es el deterioro cuando los pensamientos de los hombres, y no los de Dios, son seguidos! No tengamos participación en estos pecados! En Su gracia, Dios emitió otro llamado para salirse (cf. Hebreos 13:13), porque al rechazar a su propio Mesías, los Judíos se pusieron a sí mismos al mismo "nivel", tal como lo había hecho la nación de Israel antes de la dispersión y del cautiverio en Babilonia, y por tanto, también en la misma posición que los paganos idólatras de los días de Abraham. En aquel entonces Dios llamó a Abram, y nunca olvidemos: "Que por fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que recibiría como herencia, y salió, sin saber a dónde iba" (Hebreos 11:8). Esto nos lleva a considerar el llamado de Dios.

El llamado de Dios

Abraham, el padre de todos los creyentes, ya sean Judíos o Gentiles (Romanos 4:1, 16), obedeció el llamado de Dios y siguió su camino solo por su fe! Salió: dejó el sistema de idolatría de su tiempo. Ningunos vínculos familiares, ningún orgullo nacional, ningún vínculo social, económico o político, podían mantenerlo en Ur

(cerca de Babel), porque había visto al glorioso Dios. Atraído por el único y verdadero Dios viviente, él siguió adelante. ¡Qué gran lección para nosotros ahora, sus hijos espirituales!

Sin embargo, como hemos visto anteriormente, sus descendientes corrompieron el servicio a Dios en el templo de Salomón, y Dios envió a los ejércitos de Nabucodonosor para destruir este templo. Más tarde, cuando los Judíos rechazaron al Mesías, Dios los rechazó a ellos también [3], al menos, como una nación y por un cierto período de tiempo (cf. Romanos 9-11). Así que, el templo fue destruido [4] una vez más, en el año 70 d C bajo Tito. Sin embargo, justo antes de que esto sucediera, el llamado para salir había claramente sonado de nuevo, esta vez en la epístola a los Hebreos. Este llamado a abandonar el Judaísmo, una vez instituido por Dios, sigue estando vigente el día de hoy.

¿Por qué un llamado a la separación hoy en día?

En el cristianismo han sucedido cosas similares como una vez ocurrieron en Israel. Las instrucciones de Dios dadas por los apóstoles fueron rechazadas. En el libro de la Apocalipsis, capítulo 2 leemos acerca de Jezabel en Tiatira, como en los días del rey Acab. De ella, Dios dice: “Ella enseña y desvía del camino a mis siervos a cometer fornicación y a comer de los sacrificios a ídolos.” Este proceso de seducción continúa aún hoy en día, y pronto llevará al cumplimiento de la profecía de Apocalipsis 17 y 18.

Al atender el llamado profético de Dios, un remanente fue conducido fuera de Tiatira en los días de la Reforma (cf. “Sardis” en Apocalipsis 3). Por tanto aprendemos este importante principio: el llamado de Dios para que salgamos sigue siendo tan relevante hoy como lo fue en tiempos de Abraham, y así como sucedió después del cautiverio en Babilonia, y después del rechazo del Mesías.

La gloria de Dios o la gloria del hombre

Abraham estaba tan impresionado con la gloria de Dios, que lo sostuvo en el camino de la separación, de tal forma que el Señor lo condujo a la Tierra Prometida. De forma similar, Saulo de Tarso, el ex-rabino, se encontró con el Señor de la gloria, nuestro Señor Jesucristo, quien está ahora a la mano derecha de Dios. Finalmente, el siguió un camino de separación de Cristo, rechazando el Judaísmo y en Hebreos 13 les enseñó a los creyentes Judíos – cristianos Hebreos – ir a Él.

Para “salir hacia Cristo” y es lo que debemos hacer también en nuestros días. Esta instrucción, sin embargo, sólo puede ser puesta en práctica, en la medida en que estemos impresionados por la grandeza y la gloria de Dios. “¡Salgan! Salgan y dejen atrás su cautiverio, donde todo lo que tocan es impuro. Salgan de allí y purifíquense, ustedes que vuelven a su tierra con los objetos sagrados del Señor” (Isaías 52:11).

La unidad del hombre o de Dios

El concepto bíblico de la unidad con respecto a la Iglesia no se debe abusar para promover una unidad hecha por el hombre, como en los días de Nimrod, y muchas veces desde entonces. La unidad de Dios ya existe, porque está hecha por Dios y sostenida por el Espíritu Santo, pero nosotros tenemos la responsabilidad de mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz (Efesios 4:1-3). Cada esfuerzo hacia una unidad que no sea esta unidad divina, es una imitación o una falsificación, y en su misma naturaleza se opone a la verdad de Dios. Sin embargo, esto es lo que Babilonia siempre ha hecho y sigue haciendo, [5] oponiéndose de este modo al orden de Dios.

Que contrastes tan notables: en contra de la ciudad de Dios – la gran ciudad de Babel (cf. Daniel 4); en contra del Cristo de Dios – Nimrod o Nabucodonosor; en contra de la verdadera adoración – la idolatría (Génesis 11; Daniel 3; 5; 6); y en contra de la verdadera novia – una ramera.

La Escritura utiliza este último aspecto en particular con respecto a la iglesia infiel (Apocalipsis 2; 17-18), al no mantenerse a sí misma como una virgen pura durante el tiempo en que Cristo se encuentra “en un país lejano”, ausente de esta escena, pero presente con el creyente por medio de Su Espíritu. La Palabra de Dios compara a Israel con una esposa adúltera, a causa de la idolatría e infidelidad en la relación con el Señor (Jeremías 2), e indica que un remanente de Israel será restaurada en esta relación en el futuro cercano. El Nuevo Testamento muestra que la influencia de Babilonia continuará y aumentará, afectando a muchos ámbitos y esferas, y alcanzará su clímax en un día venidero cercano (Apocalipsis 17 y 18). Sin embargo, en la gracia soberana de Dios, un remanente ha sido y será preservado hasta el Arrebatamiento, ya que se mantendrá puro para Cristo (cf. 2 Corintios 11:2f).

Rechazando la influencia de Babilonia

Las Escrituras nos advierten de no caer víctima de las influencias de Babilonia, como le sucedió a Acán (Josué 7:21) y ha causado estragos en el pueblo de Dios. O como con el fiel rey Ezequías (2 Reyes 20:12-18; 2 Crónicas 32:31), quien se mantuvo fiel a Dios en pruebas difíciles – su enfermedad y el ataque de los Asirios – pero que sucumbió ante la influencia seductora de Babilonia.

Estamos llamados a huir (Apocalipsis 18:4; 2 Corintios 6:14-18), como lo hizo Abraham (Génesis 12), quien es el padre de todos los creyentes (Romanos 4:16-24; Gálatas 3), y cuyo ejemplo, por lo tanto, estamos obligados a seguir. Si, en el gobierno de Dios, tenemos que estar en Babilonia, estando sujetos a la disciplina de Dios, sigamos el ejemplo de Daniel, como está descrito en su libro. Muchos ejemplos en el Antiguo y Nuevo Testamento nos llevan a la conclusión de que ninguna forma de cooperación con las falsificaciones del enemigo puede ser justificada. [6]

No estamos llamados a mejorar al mundo, o para separar por la fuerza la cizaña del trigo, como el Señor explicó en Mateo 13. Sin embargo, Dios instruye claramente a los creyentes a que se separen del mal, porque la separación del mal es el principio de unidad de Dios. Como muchos en nuestros días han elegido un camino de concesión, la llamada a salir nos llega con un renovado ímpetu. Debemos tomar una posición firme en contra del mal, con respecto a muchas cuestiones, con el fin de poder llevar los objetos sagrados del Señor (cf. Isaías 52:11).

Una oración muy necesaria

“Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce los pensamientos que me inquietan. Señálame cualquier cosa en mí que te ofenda y guíame por el camino de la vida eterna” (Salmo 139:23-24). El salmo de donde provienen estos versículos, es parte de una serie de tres salmos (137-139), el primero de los cuales describe las experiencias del cautiverio de Babilonia. El segundo, presenta imágenes del remanente que regresó en Jerusalén y la alegría de la restauración del compañerismo, vinculado con la morada de Dios y con Su Palabra. El último de ellos en esta corta serie (Salmo 139) proporciona los recursos necesarios para mantener el alma restaurada en verdadera comunión con Dios.

Tomando los tres salmos en su contexto bíblico, la oración de David en el Salmo 139, si la hacemos nuestra, es una gran ayuda para nosotros hoy en día.

Presupone que nos tomamos el tiempo para buscar la voluntad de Dios para nuestras vidas, porque los que esperan al Señor renovarán sus fuerzas (Isaías 40:31). Cuando vivimos en estrecha comunión con Dios, nuestra oración constante será de realmente depender de Él. Entonces confiaremos en nuestro Dios en que Él nos guiará, incluso en situaciones confusas como las que enfrentamos hoy en día.

“Examíname,” es una oración que implica voluntad de examinarme a mí mismo, ya sea que haya pecado sin juzgar en mi vida, ya sea que haya algo a lo que no quiera renunciar, mientras que yo sé que Dios quiere que lo haga. Más aún, esos versos en el Salmo 139 nos enseñan a echar un vistazo más de cerca, a nosotros mismos a la luz de Dios, y esto de una forma continua, con el fin de tratar de hacer lo que es agradable al Señor. Para aquéllos que hacen esto, y quienes se han entregado a hacer la voluntad de Dios, existe la seguridad de que Él los guiará hacia “el camino de la vida eterna.” Su ojo estará sobre ellos, como Él lo promete en el Salmo 32:8.

Promesas especiales de Dios para aquellos que obedecen

“Quedarán solo los sencillos y los humildes porque son ellos quienes confían en el nombre del Señor” (Sofonías 3:12). Este versículo se refiere proféticamente a una obra de la gracia soberana de Dios que se llevará a cabo en días venideros en relación con el remanente fiel de los Judíos. Sin embargo, en cuanto a lo concerniente al creyente de hoy en día, las características mencionadas en Sofonías se deben encontrar en cada verdadero cristiano. ¿No nos damos cuenta de nuestra pobreza espiritual (cf. Mateo 5:3)? En caso afirmativo, ¿no nos lleva esto a postrarnos por completo ante el Señor?

Esto es lo que el rey Ezequías hizo en sus días de grandes aflicciones, y el Señor lo fortaleció, de acuerdo con el significado de su nombre. Poniendo nuestra confianza en Él, toma energía espiritual por parte nuestra, pero nos da fuerza, como lo experimentó Ezequías. También implica la búsqueda hacia lo que es justo (Mateo 5:6), reconociendo al mismo tiempo y manteniendo los mandatos santos y justos de Dios, en una condición espiritual adecuada ante Él. Esta condición implica los siguientes elementos:

- La fe, porque sin fe es imposible agradar a Dios (Hebreos 11:5); note el vínculo con la obediencia en todo el pasaje.

- El amor, el verdadero motivo para la acción (1 Corintios 13); una vez más, en el contexto de la obediencia, como toda la epístola expone sobre los derechos del Señor.
- Paz: la verdadera paz será experimentado por aquellos que buscan estar bien con Dios y se regocijan en Él (Romanos 14:17); el estar bien con Dios y la obediencia son inseparables.
- Alegría, que es una prueba de la comunión con Dios (1 Juan 1), el resultado de la obediencia (Jeremías 15:16).
- ¿No debemos siempre tratar de vincular estas características juntas? Las vemos en la perfección en el Señor Jesús en la Tierra, el verdadero Afligido y Pobre (Mateo 5:1-13).

Obediencia y sufrimientos

Al mantenernos en la dependencia en el Señor y en comunión con Él, disfrutaremos Su presencia, sin importar lo que suceda en nuestras vidas. Esta fue la experiencia de Pablo en la cárcel, como él le explica a los Filipenses y luego a Timoteo. Fue la experiencia de Pedro, en los primeros días de persecución (Hechos 3-5), y también después, cuando escribe su carta acerca de los sufrimientos. Las aflicciones, a causa de la fidelidad bajo la persecución, fueron la razón para que Santiago escribiera su carta y alentara a los creyentes quienes habían dejado Jerusalén.

Al mismo tiempo, el disfrute de la presencia del Señor, nos va a enlazar con todos aquellos que buscan Sus intereses en esta escena, quienes invocan al Señor con un corazón puro. Claro, en un día de ruina no podemos encontrar a todos “los que son Suyos” (2 Timoteo 2:19). Pero al poner nuestra confianza en Él, al separarnos del mal, experimentaremos la alegría de Su presencia, junto a aquellos que confían en Él.

Notas

1. Por favor, lea Apocalipsis 17 y 18 para el contexto.
2. Pero Dios le pertenece, nuestro Señor Jesucristo, haberle levantado de entre los muertos y al darle un lugar de honor (Hechos 2:23-24, 36) Ver también mi artículo 'Siete Glorias de Cristo en Hechos 2'.
3. Sin embargo, en Su gracia, Dios les dio unos cuarenta años.

4. Es sorprendente darse cuenta de que ambos eventos se llevaron a cabo exactamente el mismo día del calendario Judío.
 5. Entre las naciones al momento de la llamada de Abram (Génesis 10-11); entonces, cuando Israel estaba en cautiverio (Daniel 3-6); en la historia de la Iglesia (Tiatira, Apocalipsis 2), lo que lleva a la apostasía (2 Tesalonicenses 2) y a la gran Babilonia (Apocalipsis 17-18).
 6. Véase también mi folleto 'Algunos Puntos a Considerar con respecto a la Cooperación'. Esta falta de cooperación se aplica especialmente a sistemas hechos por el hombre que toleran el mal, como la Iglesia Católica Romana, el Movimiento Ecuménico, Carismáticos. Debemos amar a todos los verdaderos Cristianos, dondequiera que se encuentren; pero, de acuerdo a la Escritura, esto no quiere decir que podemos ir por el mismo camino que ellos.
-

Oude Sporen 2016

